

Ciencias humanas y ciencias naturales, una relación ambigua desde la fenomenología

*Natural sciences and human sciences,
an ambiguous relation from phenomenology*

JAVIER SAN MARTÍN

UNED

Resumen

A partir de la afirmación en la que Ortega dice que el científico se aloja en el ser humano, el texto pretende, por un lado y desde una perspectiva fenomenológica, abordar el vínculo entre las ciencias naturales y las ciencias humanas y sociales y, por otro lado, analizar las consecuencias de las maneras en las que estos dos grupos de ciencias se han relacionado a fin de imaginar la posición que tanto las ciencias naturales como las humanas y sociales deben ocupar.

Palabras clave: humanidades, fenomenología, ciencias naturales, ciencias humanas y sociales.

Abstract

From a phenomenological perspective and beginning with the statement from Ortega saying that a scientist lives inside a human being, this text has a twofold structure. First, the author analyzes the relationship among natural sciences and human and social sciences. Second, the author analyzes the consequences of the different ways in which both sciences have interrelated, in order to imagine the place that either natural sciences, and social sciences and humanities, should occupy.

Keywords: Humanities, Phenomenology, Natural Sciences, Human and Social Sciences.

El texto que sigue es la contribución con que el autor participó en un Encuentro sobre las Humanidades en el CSIC. En su momento agradecí a los organizadores la invitación, no por mi persona, sino por haber dado la oportunidad de estar presente en el foro del encuentro a una corriente que, generalmente, ha solido ser preterida en España, por ser considerada, curiosamente, de segundo rango, y que en consecuencia, y en comparación con otras tradiciones, no merecería la pena ser escuchada. Y eso a pesar de la precocidad con que la filosofía española, de la mano de Ortega, asimiló esa corriente ya en 1913, antes que cualquier otro país, exceptuando Japón. Desgraciadamente, luego, la insistencia de Ortega en que él había abandonado la fenomenología,

hizo que después de la guerra una fenomenología que había sido la matriz filosófica de las dos universidades españolas en que se podía estudiar filosofía, la olvidaran y, por tanto, debiera ser reencontrada de nuevo. Luego, la ascensión al poder institucional de otras corrientes (Vázquez, 2009) tuvo como consecuencia una indudable marginación de la fenomenología. Por eso, e insistí en ello, era un honor participar en la mesa, no tanto por mí personalmente, sino por dar oportunidad de tener en ella una voz, la corriente de pensamiento a la que con modestia represento y que, con más frecuencia de la deseada, ha estado ausente de los debates en el espacio público académico de nuestro país, a pesar de haber sido España absolutamente pionera en asumirla, difundirla y desarrollarla. Tal corriente es la fenomenología, corriente de gran desarrollo en el mundo y también en España, por más que considero que no ha encontrado su lugar en el intenso debate filosófico que se ha dado en nuestro país a lo largo de la llamada Transición. En el mundo, sin embargo, se reconoce sin ambages el papel pionero de España en esta corriente, ya que en junio del año citado Ortega y Gasset pronuncia una conferencia en la que asume públicamente esa nueva corriente (Ortega y Gasset, 1913a) y dos meses después plantea públicamente la pregunta que en adelante sonaría en multitud de idiomas, de qué es la fenomenología (Ortega y Gasset, 1913b). En la actualidad se nos ha encomendado a la Sociedad Española de Fenomenología organizar la reunión internacional de la *Sociedad de Sociedades de Fenomenología*, la llamada OPO, a la que pertenecen del orden de doscientas sociedades y grupos de investigación de fenomenología de todo el mundo, entre ellas las japonesas y norteamericanas, las más concurridas de todas. El interés de la presencia en la mesa referida provenía de que la fenomenología es posiblemente una de las corrientes filosóficas que a todas luces más recursos tiene para abordar la problemática de las humanidades que era el motivo del encuentro. Por eso me satisfacía doblemente estar presente en la mesa referida.

Mi contribución consta de dos partes; en la primera se explica cómo vemos desde la fenomenología el entronque de las ciencias naturales y las humanas y sociales, partiendo de una frase de Ortega, de que el científico se aloja en el ser humano (Ortega y Gasset, 1925a). En la segunda trataré de sacar las consecuencias de la situación descrita para poder hacerse una idea del lugar que ambos grupos de ciencias ocupan o deben ocupar.

Y antes de empezar, quiero aludir a la antigüedad de un tema que trasciende con mucho lo que se dice habitualmente en esta polémica de la diferencia entre explicar y comprender, pues este debate está nada menos que detrás de las dos concepciones de la función del experto o intelectual en la sociedad que subyacía a las enseñanzas de Platón e Isócrates (Held, 1990: 189 ss.), que darían además origen a los dos grandes grupos –o caminos para la formación– de disciplinas formativas de la Edad Media, el *trivium* (gramática, dialéctica y retórica: (sentido y argumentación), frente al *cuadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música), que nos ofrecen las bases del

universo. Está claro que Platón se instalaba en este camino, mientras que Isócrates defendía el primero (San Martín, 2005).

1. La reducción naturalista en las ciencias naturales

Quiero empezar con una indicación terminológica importante. A efectos del debate, porque de otro modo deberíamos matizar mucho más, en el campo de las ciencias humanas incluyo la filosofía y las ciencias sociales. Sé perfectamente que con esa inclusión formo un conjunto de ciencias que podría ser considerado de trazo excesivamente grueso y poco matizado, primero, por incluir la filosofía a la que, sin ningún desdoro ni imprecisión, se la puede dejar de considerar ciencia en sentido estricto; y, segundo, por incluir las ciencias consideradas sociales, ciencias que difícilmente o solo a regañadientes aceptarían compartir con nosotros el mismo lugar epistemológico. Entonces, ante estas dificultades, ¿por qué lo hago? O si quieren, ¿es posible ofrecer algún rasgo común que todas ellas compartan y que justificaría incluirlas en el mismo espacio epistemológico?

En efecto, hay una razón que me permite hacer esa propuesta que así no es arbitraria, porque todas estas ciencias que podríamos llamar sociales y humanas, insistiendo más en el calificativo de humanas que en el de sociales, tienen en común que tratan de la *vida humana tal como esta se presenta y opera en el mundo*. En terminología orteguiana, hablaríamos de que estas ciencias tratan de algún aspecto de la *vida biográfica*, incluyendo en ella aquella parte de la vida psicológica consciente, que debemos diferenciar de aquella otra parte de la vida psicológica que no es consciente.

Esta distinción es importante porque nos permite distinguir, por ejemplo en la psicología, partes que sin lugar a dudas entran en la calificación de ciencia social, de otras que pertenecen sencillamente al otro gran grupo, las ciencias naturales, porque están por debajo del nivel biográfico, por ejemplo, la mayor parte de la investigación de la psicología experimental, tanto la que investiga las bases psicofisiológicas de la vida biográfica, como la que prolonga la investigación anterior en lo que se llama el procesamiento de información que se desarrolla en planos claramente inconscientes o al menos subconscientes como se ve en los experimentos sobre la escucha dicótica¹ de frases ambiguas (Flanagan, 1992: 13 ss). Con esto doy paso también

1 Se llama «escucha dicótica» a experimentos controlados en los que se manda un mensaje a un oído y a la vez otro al otro. Se suele utilizar para el estudio de la lateralización. En este caso citado por Flanagan se empleó para ver cómo se procesaba la información. Al sujeto de experimentación se le pide que atienda solo a un oído en el que se le da a oír una frase ambigua, tal como «el teniente *put out* [sacó o apagó] la linterna para señalar el ataque». En el otro oído se le suministra un conjunto de ruido y al final la frase «él apagó la llama». En la entrevista posterior, dicen que no oyeron nada en el oído no atendido, (que es la instrucción que se le dio), pero cuando se les pregunta que elijan uno de los dos sentidos que tiene la frase según los dos sentidos de «put out» (sacar fuera o apagar), muestra una clara preferencia por apagar, en el sentido de la frase del oído con el «que no han oído nada».

a la duplicidad científico-epistemológica que pertenece a la lingüística o ciencia del lenguaje, que, por un lado, pertenece a las humanidades, pero por otro está en el ámbito de las ciencias naturales.

No hace falta decir que fue Ortega quien mejor estableció esta diferencia entre la vida biológica, la vida psicológica y la vida biográfica (Ortega, 1930) que nos sirve muy bien para establecer la diferencia entre los dos grandes grupos de ciencias. No es que Ortega dedicara muchos escritos al tema, pero muy pronto opera con esa diferencia y muchas de sus frases tienen en su base esa distinción. Por ejemplo, una de las frases más interesantes de Ortega, de cuya importancia nos damos cuenta al ver que se la cita expresamente a Helene Weyl en una de las cartas que le escribió pero que curiosamente no se la mandó, aunque ha sido recientemente publicada (Ortega y Gasset, 2001; Märtens, 2008:). Se refiere Ortega a un artículo suyo publicado en la *Revista de Occidente* en 1925, que se titula «El origen deportivo del Estado» y que luego reeditaría en *El Espectador* VII, de 1929.

Voy a citar el párrafo porque creo que merece la pena para introducirnos de lleno en el tema y la orientación que quiero darle. Dice Ortega:

La verdad científica se caracteriza por su exactitud y el rigor de sus previsiones. Pero estas admirables calidades son conquistadas por la ciencia experimental a cambio de mantenerse en un plano de problemas secundarios, dejando intactas las últimas, las decisivas cuestiones. De esta renuncia hace su virtud esencial y no será necesario recalcar que por ello solo merece aplausos. Pero la ciencia experimental es solo una exigua porción de la mente y el organismo humanos. Donde ella se para no se para el hombre. Si el físico detiene su mano con que dibuja los hechos allá donde su método concluye, el hombre que hay detrás de todo físico prolonga, quiera o no, la línea iniciada y la lleva a terminación, como automáticamente al ver un trozo del arco roto nuestra mirada completa el área curva manca (1925: 705).

Esta frase se la subraya Ortega a Helene Weyl, para decirle que él ya había visto el concepto de *Dasein* de Heidegger, porque detrás del científico hay una vida que hace la ciencia. Pues bien, esta imagen de Ortega nos puede resultar fundamental para entender la relación de los dos grandes grupos de ciencias, las ciencias humanas y las ciencias naturales.

Pero antes de seguir, voy a introducir otra diferencia, esta de Husserl, a partir de un texto que fue conocido por algunos filósofos de su entorno pero que permaneció inédito hasta principios de los años cincuenta (Husserl, 1952). Husserl describe la *forma natural* en que estamos en el mundo, en el que normalmente estamos ocupados en llevar a cabo las diversas tareas. Estamos en una *actitud natural*—aunque en sentido estricto no sea ninguna *actitud* como muy bien lo vio Heidegger (Rodríguez, 1997:

152; Heidegger, 1994: 156)—, en la que de modo natural tenemos seguridad sobre nuestro entorno, en el que actuamos como personas. A este modo ordinario y natural de vivir en el mundo él le llama *actitud personalista*, porque en esa actitud *actuamos como personas en el mundo*. Desde una perspectiva estricta o desde una perspectiva de la lógica terminológica de la fenomenología, esta actitud personalista es una actitud natural, en la que, por otro lado, las cosas son por lo general *cosas de uso*.

Pero hay otro modo de mirar las cosas, lo que hacemos frecuentemente *cuando el uso nos falla*. Heidegger analizó maravillosamente estos fallos de las cosas en nuestras tareas (Heidegger, 1927; San Martín, 1999; Dreyfus, 1994). Cuando eso ocurre, las cosas dejan de ser cosas «de uso», utensilios, enseres, instrumentos, pasando a ser solo cosas a las que he desprovisto de los significados que tienen en la vida humana personal, para pasar, entonces, a observarlas con rigor y detenimiento, o a experimentar con ellas para ver exactamente cómo son. En esta actitud lo que hago es despojarlas de los significados humanos y reducirme a lo que la cosa es desde una perspectiva natural, porque acentuamos el rasgo natural Husserl le llama *actitud naturalista*.

Esta actitud es propia del científico en el sentido de que es la que debe adoptar para constituirse en tal científico; en ella el científico empieza por acotar un terreno de su experiencia para centrarse en él y explorarlo al máximo, eliminando todo aquello que pueda provenirle de la inserción de esa cosa en la vida humana. Por extirparle predicados humanos, hasta puede eliminarle las cualidades humanas o animales tales como el color y descomponer el color en los diversos ingredientes lumínicos que inciden en esa cosa.

Esta explicación de Husserl nos puede servir para entender la frase de Ortega, porque el científico que hace eso lo hace solamente con aquellas cosas que va a investigar, es decir, cuando hace eso el científico abre un campo de investigación en su vida, al que afecta esa reducción que define la *actitud naturalista*, pero respecto a la mayoría de las cosas que tiene alrededor no practica esa reducción, sino que sigue en la actitud ordinaria que hemos llamado *actitud personalista* (San Martín, 2005).

Con esto podemos dar un paso más, porque el científico que desarrolla esa actitud naturalista lo hace necesariamente para constituirse en científico, pero en cuanto científico es un profesional que acota unas partes de su *vida real biográfica* para, en ella, dedicarse al estudio de las cosas desde esa perspectiva naturalista. Pero en cuanto profesional es un ser humano que, además, es otras muchas cosas, entre ellas científico, y para ser científico profesional tiene que tener un entorno humano no científico, es decir, un entorno humano en el que las cosas no son cosas a las que pueda aplicar aquella reducción naturalista que constituye su mirada científica, sino que constituyen los utensilios y enseres que requiere para su trabajo, por ejemplo, la propia mesa de trabajo, la silla en que se sienta, las palabras con que informa de sus resultados, la pluma con que escribe, por tanto, la inmensa mayoría de las cosas con las que opera como científico.

Y aquí tenemos una primera vista sobre las ciencias humanas y sociales, porque *ellas no practican esa reducción naturalista*, sino que estudian aspectos diversos de la vida humana y social que es propia del científico u otros *como seres humanos*. Entre esos aspectos podríamos citar, por ejemplo, qué representa la profesión del científico, el sentido de esa profesión, el origen e historia de la propia ciencia, las condiciones de constitución de la misma, es decir, las normas a que se tiene que atener, por tanto su normatividad, todo lo que queramos. Todas esas preguntas nos llevarían de una forma u otra a ciencias tales como la antropología, la historia, la filología, la psicología de la personalidad y evolutiva, la social y, por supuesto, la filosofía.

Todas estas ciencias tienen como objetivo estudiar *esa vida humana en la que se aloja el científico*, en la feliz expresión de Ortega, o esa vida humana que opera en el mundo de un modo natural actuando como persona. Por eso los conceptos o significados con que operan esas ciencias, las ciencias humanas y sociales, son los mismos con los que hacemos nuestra vida, nuestra vida *biográfica*. Como nuestra vida biográfica tiene una dimensión individual, otra social, otra histórica, etc., todas ellas imbricadas, cada ciencia humana y social estudia una de esas facetas, pero siempre sin romper con el modo en que operamos en la vida normal y ordinaria.

Pero aún hay más, las ciencias humanas tienen entre sus objetos de estudio a las ciencias naturales, de ellas estudian su historia, su constitución, su influencia en la vida social, histórica e individual, pero sobre todo, en el caso de la filosofía, su estructura como saber, su normatividad. Y esto sí que es curioso, la ciencia natural cuyo origen hemos mencionado, ella misma con todo su impresionante desarrollo no tiene competencia para estudiar aquellos instrumentos de los cuales vive, aquellos instrumentos que la constituyen. He mencionado que el científico usa la mesa y las palabras no en la actitud científica, sino como profesional humano normal. Al decir eso, me he mantenido en un plano muy externo respecto a la ciencia, porque podría haber ciencia sin mesas, incluso sin palabras porque los científicos podrían comunicarse solo con fórmulas. Pero ¿puede haber ciencia sin una noción e ideal regulador de la actividad científica tal como la noción de verdad? ¿no le exige al científico su comunidad científica actuar siempre sometándose a unos criterios de verdad y legitimidad de sus afirmaciones muy rigurosos? Según esos criterios o normas implícitas en la actividad científica, todos los resultados que publique el científico deben someterse a pruebas de legitimidad, tales como la reproducibilidad por parte de otros científicos, de manera que la ciencia queda definida por esos estándares de rigor sin los cuales esa ciencia no existe. La ciencia incluye necesariamente un nivel normativo, tiene que someterse a unas normas para ser tal, incluye una normatividad frente a la que ella misma es incompetente.

2. Dependencia de las ciencias naturales respecto a las humanas

El mundo contemporáneo ha entronizado a las ciencias naturales, porque son las que subyacen a los grandes inventos técnicos que nos resuelven problemas vitales y de salud. Esta ventaja del método científico ha convertido a las ciencias naturales en las reinas indiscutibles en el amplio campo del saber. Esta constatación ha determinado en gran medida la epistemología, al menos, de los siglos XIX y XX, o si nos parece exagerado, al menos podríamos decir que los procedimientos de los científicos naturales han pasado a ser modélicos en el modo de hacer ciencia, muchas veces hasta considerar al resto de las ciencias como ciencias menores sino incluso carentes del estatuto científico. Ahora bien, el problema surge cuando ese método se lleva a la intimidad del ser humano, a la conciencia y los productos del saber, sobre todo aquellos que muestran elementos ajenos a las contingencias históricas como pueden ser las nociones básicas de las ciencias formales así como los fundamentos mismos de la ciencia, por ejemplo, las nociones de verdad y argumentación racional, por tanto, al nivel normativo al que debe someterse toda ciencia para ser tal. Parece que con estos dos asuntos nos movemos en un plano distinto del que pueden abordar las ciencias naturales.

Con esos contenidos se anuncian los temas del sentido, porque la vida humana se constituye, por un lado, por el sustrato biológico —del que pueden hacer presa las ciencias naturales investigándolo de modo riguroso y pleno—, y por otro componente, que se constituye a partir de esos otros elementos como la verdad, la razón, las decisiones, etc., los proyectos de lo que decidimos ser y que organizan el sentido de la vida, y sobre el que las ciencias naturales no parecen tener ninguna competencia y que, por el contrario, son abordados por el conjunto de las ciencias humanas. En ese caso, en estas se ventila el fundamento de las ciencias naturales y el sentido de la vida. Convertir a las ciencias naturales en las únicas que rigen la investigación y que, por tanto, producen resultados utilizables como nuevas técnicas (por el afán de convertir la investigación en la generación de patentes para la producción de nuevos productos), nos puede llevar a disfrutar de una maravillosa técnica, sin que sepamos para qué la queremos, porque podemos no tener claro qué hacer con ella, porque, en último término, eso nos lo dicen las humanidades, por lo que, como muy bien lo vio Ortega, podemos enfermar de falta de humanidades.

Eso es lo que aseguraba Ortega en julio de 1935 comentando el libro de Hui-zinga *El otoño de la Edad Media*, aludiendo al estado que entonces tenían los estudios históricos. Los problemas de la Humanidad no son de ciencias naturales, son de humanidades: «El mundo antiguo murió estrangulado por su insuficiencia en el dominio técnico de la naturaleza» (OC V, 377), nosotros corremos «un riesgo parecido al que volatilizó a la antigua [civilización]», por el contrario nuestra civilización «Puede morir por falta de técnicas morales. Nuestros problemas no son físicos, sino de

humanidades» (ib.). Creo que pocas palabras de Ortega, más apropiadas que estas, se pueden aportar en este momento.

Desde lo que hemos dicho en la primera parte se entenderá perfectamente la dependencia que las ciencias naturales tienen de las ciencias humanas, porque estas son las que tienen que informar adecuadamente sobre las metas de la vida, sobre nuestras posibilidades, o sobre la racionalidad de nuestros objetivos. No son las ciencias naturales las que nos tienen que informar sobre la vida humana, porque la vida humana fundamental se juega en el sentido, en el lenguaje, en los significados, al servicio de los cuales están las ciencias naturales. Si estas se constituyen en las determinantes de la vida, podremos tener un desarrollo muy importante en tecnología pero seremos analfabetos en humanidades, y por tanto la dirección de los objetivos y, en consecuencia, la elección de nuestras metas no se dirigirá por la razón ni por conocimientos científicos históricos y sociales sino por otros parámetros. Por ejemplo, cuando vemos casos en los que el desarrollo científico espectacular es compatible con el integrista, el fundamentalismo o el fanatismo religioso, etc., es porque ahí no hay ninguna ilustración en las humanidades, en la diversidad de la vida humana histórico-social, en la racionalidad de los objetivos de la vida. Las sociedades en que las ciencias naturales se convierten en la única baza científica, fomentarán la incultura en las competencias para conocer la vida humana. Como de esta ya tenemos un conocimiento ordinario, que si no está ilustrado por los logros históricos de la ciencia y la filosofía, tomará sus contenidos de la tradición, es el lugar en el que se asientan todos los dogmatismos y los fanatismos ideológicos, que solo con buenas dosis de humanidades se pueden combatir. La ilustración, como forma de educación para ser capaz de dirigir la vida de acuerdo a los conocimientos de un momento histórico (Kant, 1784), se hace mediante las humanidades, no mediante las ciencias naturales, que no nos pueden dar nada de la vida humana *biográfica*. Por eso, en el desarrollo de un país hay que mantener un equilibrio entre estos estudios e investigaciones.

Para terminar, voy a aludir a dos textos que pueden ser considerados clásicos y que nos pueden ilustrar al respecto, uno es el importante texto de Ortega *Misión de la Universidad*, donde Ortega expone que la universidad, además de formar profesionales, debe formar personas competentes para ejercer lo que van a hacer a lo largo de la vida, *el formular los mandatos que van a regir la sociedad*. El argumento de Ortega es de gran impacto y coherencia, porque, en efecto, la sociedad está dirigida por sus profesionales. Estos se forman en la Universidad, por tanto, la suerte de la sociedad dependerá de lo que quienes mandan en la sociedad hayan recibido en la universidad. Estos son en su gran mayoría los que hace entre quince y veinticinco años salieron de la universidad. Por eso, si la universidad no los forma a la vez en ser unos buenos ciudadanos a la altura de los tiempos, el mando en la sociedad estará en manos de “incultos”, porque, queramos o no, los dirigentes de la sociedad, en una grandísima

medida, son egresados de la universidad. Por tanto, la sociedad se juega mucho con esta formación, no de profesionales competentes –ya que se da por hecho que la universidad lo hace o debe hacer–, sino de personas competentes en el mando de acuerdo a las exigencias de los tiempos.

La universidad tiene, pues, como tarea «radical» «antes y más que ninguna otra cosa» (Ortega, 1930b: IV, 540) la enseñanza de la cultura porque en ella es donde uno se hace competente en el mando de acuerdo a los tiempos, mas esa enseñanza incluye, además de los rudimentos de las ciencias naturales del momento, el conocimiento de los rudimentos básicos de las ciencias humanas, porque en ellas se atesoran los principios desde los que poder dirigir la acción futura. Son las ciencias humanas en su conjunto las que nos dan lo que sabemos de la vida humana de todos los tiempos y lugares, y es de acuerdo a ese saber como podemos convertirnos en ciudadanos bien informados, competentes para dirigir autónomamente nuestra vida. De no hacerlo, lo que conseguiremos, que lo hemos conseguido ya, es crear profesionales especialistas bárbaros, que son además los más peligrosos, porque, disponiendo de un saber, pero ignorantes en la cultura de su tiempo, trasladarán su saber a otros terrenos, comportándose en las decisiones fundamentales como verdaderos ignorantes, pero con el poder de mandar, de conformar la opinión pública. Este es el problema de la universidad. Y no se resuelve con medidas paliativas de extensión universitaria, sino con una reforma total de la universidad que empiece por reconocer cuál es su verdadera misión (San Martín, 2007).

El otro texto al que debemos atender es el de Kant, sobre la Ilustración. Según Kant, la Ilustración no es sino *la salida del ser humano de aquella minoría de edad, de la que él mismo es culpable*, para atreverse a usar el entendimiento propio y no dejarse dirigir por otros. En los casos que he citado, del integrismo, fundamentalismo y fanatismo, es evidente que se da una falta máxima de Ilustración. Esa ilustración debe venir fundamentalmente del estudio de las humanidades, por eso son tan importantes en la planificación de una política científica. La Ilustración procede de la asunción del conocimiento en todos sus ámbitos, de manera que uno sea capaz de dirigir su vida de acuerdo a ese conocimiento, y no de acuerdo a posiciones preilustradas que no han pasado por el tamiz de la legitimación propia. En cuestiones de moral y juicio político esto es muy importante. Y son una vez más las humanidades, en este caso principalmente la filosofía, las encargadas de formar el juicio moral y el juicio político de los individuos. Sin humanidades, por tanto, sin una ilustración a la altura de los tiempos, se priva también a las ciencias naturales del correcto uso que de ellas puede hacer el científico poniéndolas al servicio de la vida humana, de esa vida humana en la que está alojado el científico.

Bibliografía

- DREYFUS, Hubert (1994): *Being-in-the-World. A Commentary on Heidegger's Being and Time*. Division I, Cambridge, Massachusets, The MIT Press.
- FLANAGAN, Owen (1992): *Consciousness Reconsidered*, Cambridge, Massachusets, MIT.
- HEIDEGGER, Martín (1927): *Sein und Zeit*, Gesammelte Werke, tomo 2.
- (1994): *Prolegomena zur Geschichte des Zeitbegriffs*, Gesamtausgabe 20, Frankfurt a. M., Vittorio Klostermann. Original 1925.
- HELD, Klaus (1990): *Treffpunkt Platon: Philosophischer Reiseführer durch die Länder des Mittelmeers*, Stuttgart, Reclam. 3.^a edición, 2001 (cito por esta).
- HUSSERL, Edmund (1952): *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie, zweites Buch, phänomenologische Untersuchungen zur Konstitution*, herausgegeben von Marly Biemel. (Hua II) Traducción castellana de Antonio Zirión Quijano, (1997) *Ideas II. Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- KANT, Inmanuel (1784): *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?*, Akademie-Ausgabe VIII, Bd. VIII, pp. 33-42.
- MÄRTENS, Gesine (ed.) (2008): *Correspondencia: José Ortega y Gasset y Helene Weyl*, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Ortega y Gasset.
- ORTEGA Y GASSET, José (1913a): «Sensación, construcción e intuición», en *Obras completas* (en adelante OC I, pp. 642-652).
- (1913b): «Sobre el concepto de sensación», en OC I, pp. 624-638.
- (1925a): «Sobre el origen deportivo del Estado», en OC II, 705-719.
- (1930a): *La rebelión de las masas*, OC IV, pp. 349-528.
- (1930b): *Misión de la universidad*, en OC IV, pp. 531-568.
- (1935): «Prólogo a dos ensayos de historiografía», OC V, pp. 376-378.
- (2001): «Notas de trabajo sobre Heidegger. Primera parte», Edición de José Luis Molinuevo y Domingo Hernández Sánchez, *Revista de Estudios Orteguianos*, 2, pp. 7-27.
- RODRÍGUEZ, Ramón (1997): *La transformación hermenéutica de la fenomenología*, Madrid, Tecnos.
- SAN MARTÍN, Javier: (1999): *Teoría de la cultura*, Madrid, Síntesis.
- (2005a): *Antropología filosófica*, Madrid, UNED.
- (2005b): *Fenomenología y Antropología*, 2.^a edición, Madrid/Buenos Aires, UNED/ Lector.
- (2007): «Misión de la Universidad», en *José Ortega y Gasset 50 años después*. Buenos Aires, Fundación Ortega y Gasset Argentina, pp. 40-43.
- VÁZQUEZ, Francisco (2009): *Historia de la filosofía española: herederos y pretendientes: Una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Abada Editores.